

Frente de Defensa de la Amazonía. El juicio a la petrolera Chevron-Texaco

Pablo Fajardo
(pafabibi@gmail.com)

Saludos con todos y todas. Más que hablar de otros elementos quiero contarles algunos de los hechos que vivimos cotidianamente en la Amazonía ecuatoriana. Desde hace más de 25 años trabajo en la Amazonía norte de Ecuador, en lo que hoy son las provincias de Orellana y Sucumbíos. Por mi trabajo en el campo profesional como abogado he estado al frente de litigios, que involucran a distintos pueblos indígenas de la Amazonía ecuatoriana, del ambiente y los Derechos Humanos de quienes vivimos allí. Sin embargo, el caso más importante del que me ha tocado ser parte es el caso de las comunidades indígenas y campesinas, quienes desde hace 18 años atrás venimos sosteniendo en contra de la petrolera Chevron. Litigio que por varias razones se ha convertido en el juicio más importante de la humanidad en la lucha por los derechos humanos y los derechos ambientales.

Cabe recordar aquí que hasta las décadas de los años setenta y ochenta, la Amazonía ecuatoriana no existía para Ecuador, existían los yacimientos petroleros que están ubicados en la Amazonía, de esto me podrán dar la razón quienes han estudiado la geografía ecuatoriana. La Amazonía, era una inmensa área, cubierta de bosque, de selva, era un lugar inhóspito, habitado de animales, fieras y unos cuantos indios que vivían allí. Por décadas, el país vivió de espaldas a la Amazonía ecuatoriana.

Luego de los años setenta, la Amazonía comenzó a existir, pero únicamente por el petróleo, no por la gente, ni por la diversidad biótica ni cultural que allí viven y otras que ya se extinguieron.

Ante ese ocultamiento e invisibilidad de la realidad de la Amazonía, fue necesario que los mismos “pueblos ocultos” de la Amazonía, iniciemos una larga lucha conjunta, para demostrar y hacernos escuchar, en otras palabras, para visibilizarnos, para demostrar que los pueblos indígenas y campesinos que vivimos allí también somos seres humanos, que las culturas tienen otra forma de entender al mundo, pero esa diferencia, no hace que una cultura sea más importante que la otra, ni tampoco es razón para que se oculte su existencia.

Ese grito, que permitió la visibilización de los pueblos de la Amazonía ecuatoriana, además, permitió que se conozca la realidad de exclusión y marginación de las nacionalidades indígenas, se visibilizó la realidad del ecosistema y la forma cómo la vida misma era afectada, cómo esos mismos pueblos y esa misma Amazonía fueron avasallados, estropeados, golpeados y humillados por empresas petroleras que actuaron con la complicidad, la venia, el aval y el apoyo del Estado ecuatoriano y por grupos religiosos procedentes de fuera del territorio ecuatoriano.

Pueden ustedes revisar la historia y darse cuenta la forma cómo el Estado ecuatoriano, en los años sesenta y setenta, entregó más de un millón y medio de hectáreas de la Amazonía a las empresas Texaco y Gulf, para que extraigan petróleo. Las empresas empezaron a hacer su trabajo, a explorar y luego a extraer petróleo, pero en su actividad, desconocieron total y absolutamente que en esos territorios habitaban seres humanos, que en esos territorios habitaban culturas indígenas: optaron por desconocer la existencia de esos pueblos; porque reconocerlos implicaba que había que conversar con ellos, que había que respetar sus derechos; entonces, lo más práctico y económicamente rentable, era ocultar su existencia. Con la complicidad del Estado, la empresa ingresó a extraer petróleo, y paralelamente a arrojar miles de millones de galones de agua tóxica y desechos hidrocarbúricos en los ríos y en los esteros de la Amazonía ecuatoriana. Fueron destruyendo el hábitat, la

vida, la territorialidad, la alimentación, las costumbres y tradiciones de estos pueblos.

Ustedes pueden darse cuenta de que para un pueblo indígena, cualquiera que éste sea, destruir la naturaleza, destruir la calidad del agua, alterar el bosque, es destruir el alma, el corazón de este pueblo, de esta nacionalidad. Y aquí ocurrió exactamente esto, se destruyó el agua, se destruyó el bosque, la tierra; y con ello se destruyeron todas las fuentes de alimentación que tradicionalmente utilizaban las nacionalidades; en conclusión se destruyó el alma de estos pueblos indígenas. Muchos se fueron extinguiendo. Recordamos el pueblo de Tetetes y los Sansahuari, que hoy solamente existe como nombres en los campos petroleros. En el campo petrolero de Tetetes y el campo Sansahuari, los pueblos ya no existen.

Lo triste de todo esto es que hasta ahora, ni el Gobierno ni los investigadores, nos han dado una explicación clara y convincente que nos detalle las causas de la extinción de esos pueblos indígenas. Creo que tanto el Estado, universidades y los mismos antropólogos, están en deuda con Ecuador y la humanidad. Nadie nos ha explicado qué ocurrió con estos pueblos, ni por qué se extinguieron. Ojalá algún día ustedes lo hagan.

La historia no queda allí: también hubo muchos hechos que consistían en ir imponiendo una cultura, una forma vivir y de ser, de ir transformando la vida de estos pueblos, de ir sacándolos de su economía de subsistencia y meterlos en una economía de mercado, para la cual estos pueblos nunca estuvieron preparados, es decir, que estos pueblos que ancestralmente vivían de lo que la propia naturaleza les daba, que compartían plenamente su vida con la naturaleza, con el ecosistema, al final se les obligó a entrar, a ingresar en la economía de mercado, que para poder sobrevivir tenían que ser empleados de la misma empresa petrolera, porque ya no tenían los recursos que la naturaleza les daba y les permitía vivir en paz. ¡Miren cómo transformaron completamente la vida de estos pueblos! Este es el daño cultural, daño de la vida, del ecosistema, daño en el contexto holístico, que provocó que estos pueblos de la Amazonía

empezáramos una lucha tenaz para exigir que la empresa que causó este daño, responda por este crimen ambiental, cultural y humano.

Han pasado hasta ahora dieciocho años de batalla, dieciocho años de lucha, dieciocho años en que los pueblos campesinos indígenas han demostrado que cuando hay amor por la vida son capaces de vencer cualquier obstáculo que se ponga de frente. Es increíble ver cómo, luego de dieciocho años de lucha de la gente, se ha logrado dejar de lado por completo los intereses particulares y se ha logrado poner, por encima de todo, los intereses colectivos, los intereses comunes. Nos cuesta mucho hacer eso, pero ellos lo han hecho. Todos juntos luchamos por un bien colectivo. Todos juntos luchamos por una Amazonía mucho más limpia, donde se respete a las culturas, a la naturaleza y a la vida humana.

Pero, ¿qué consecuencias ha tenido esta lucha para nosotros? ¿Cómo estamos pagando por defender la vida? Nos ha tocado sufrir mucho los ataques de Chevron: presiones económicas, jurídicas y psicológicas, e incluso hasta físicas. Una de esas formas es de lo que hablaba Edgar sobre la criminalización. La Petrolera Chevron, por ejemplo, el día 1 de febrero de este año 2011, planteó una demanda en los Estados Unidos, en la que acusa a los indígenas, campesinos, abogados y expertos de habernos asociado ilícitamente para extorsionar a la empresa, o sea, según la teoría de Chevron, no existe ningún daño ambiental, no existe ningún daño cultural, no existe ningún daño en la salud; que lo que existe es una ambición de los pueblos de la Amazonía ecuatoriana, para robarle plata a la empresa; por eso nos hemos asociado ilícitamente, todo porque nos queremos enriquecer. ¡Qué gran mentira y qué forma de abusar del poder económico para obstruir la justicia!

Esa demanda, fue plateada, bajo la ley RICO, que es una ley creada en Estados Unidos, en décadas pasadas, para juzgar y perseguir a los grupos mafiosos, a los grupos netamente subversivos: en ese contexto nos ponen en este momento a nosotros.

Pero cabe preguntarse, ¿Qué busca Chevron con esa demanda y otras 15 que nos han planteado? En primer lugar, buscan que este enor-

me crimen quede en la impunidad. Segundo, quieren pulverizar cualquier esfuerzo de personas que sean capaces de luchar contra el crimen cometido por las empresas en Ecuador y en cualquier parte del mundo. No quieren que quede una evidencia, no quiere que tengamos éxito jamás, porque si tenemos éxito nosotros, ellos creen que se abriría la puerta para que cientos de personas, en distintas partes del mundo planteen acciones como estas en contra de Chevron y otras empresas que han cometido crímenes parecidos a este. Chevron, no está dispuesta a permitir que suceda y por eso están luchando tenazmente. Obviamente, tienen el principal recurso: el económico. Según nuestros cálculos, hasta la actualidad, Chevron ha gastado más de mil millones de dólares en defensa en este litigio; esto es un completo atentado en contra de la justicia. Con el dinero, quieren impedir que haya justicia; quieren que haya impunidad absoluta para evitar que no se juzgue este tipo de crímenes.

Pero no todo es malo, también nosotros tenemos importantes lecciones positivas aprendidas. Hemos aprendiendo que lo que está en juego, para nuestros pueblos, para la población ecuatoriana es la vida, la dignidad y la justicia; por esos elementos estamos dispuestos a seguir nuestra lucha hasta el final, no importa cuánto tiempo, ni cuanto sacrificio más haya que realizar, pero hay que hacerlo. Para la empresa lo que está en juego es su prestigio y el dinero, cosas muy distintas a las nuestras.

Hasta ahora tenemos dieciocho años de batalla, tenemos una sentencia judicial de primera instancia que nos da la razón parcialmente en primera instancia a nosotros, pero creemos que no es suficiente. Creemos que hay que sembrar un precedente en el mundo para que esta relación de injusticia, de atropello, de infamia, de racismo cambie; y hay que seguirlo haciendo y hay que seguir trabajando en contra de toda injusticia o crimen que se cometa.

Pero éste no es el único caso, actualmente hay decenas de empresas petroleras en la Amazonía ecuatoriana, estatales, privadas, o estatales extranjeras. Todas están aplicando una tecnología muy parecida a la implementada por Texaco. Existen pequeñas innovaciones en la operación

que realizan las empresas; sin embargo, ninguna empresa hace lo que debe hacer frente a la naturaleza y a la vida. Hoy las empresas se esfuerzan por decirnos que hay tecnología de punta, que no se causa ningún daño, que respetan la naturaleza; pero eso es totalmente falso. La verdad es que en el mundo ninguna empresa petrolera ni tampoco minera se ha preocupado por crear una tecnología que impida o que evite los daños ambientales. Las empresas actúan buscando la mayor ganancia posible, con la menor inversión posible, y todo el esfuerzo científico que realizan para investigar tecnología lo orientan al cómo extraer los recursos sin importar la consecuencia que queda junto a ella después de esto.

Por ejemplo, recordemos el caso de la BP en el golfo de México, que pese a ser una absoluta irresponsabilidad del gobierno norteamericano y también de la empresa, porque todos sabían que había desperfectos, que había daños y que era evidente y muy posible un desastre como el que ocurrió, ninguno hizo nada para evitar el daño. Noten ustedes que luego de haber ocurrido el desastre en el Golfo de México la empresa pasó cuatro meses buscando un pequeño tapón para evitar que salga más petróleo. Imagínense ustedes, tienen tecnología para perforar y sacar el petróleo, pero no sabían cómo taponar el pequeño hueco. Eso demuestra que no hay tecnología y ninguna empresa y ningún Estado la tiene, ¿por qué?, porque eso no genera recursos. Lo importante para ellos es sacar el recurso.

Hace un mes y medio atrás estuve en una ronda de conferencias en España y en este contexto uno de los panelistas era un asesor energético del presidente Obama, y la teoría de él es que para que el mundo siga creciendo económicamente hay que duplicar la extracción de recursos naturales, hay que duplicar la extracción de carbón, de petróleo y de gas, caso contrario la economía mundial entraría en recesión o empezaría a fracasar. Esto, ¿que nos lleva a pensar? Que la arremetida del Estado y de las empresas para extraer los recursos va a ser cada vez mayor, lo que nos hace avizorar que el conflicto socioambiental, que el conflicto con las comunidades indígenas en la Amazonía y en todo el país va a irse agudizando y creciendo cada vez más.

En ese contexto, creo que es muy importante que nosotros, junto con los compañeros más afectados, busquemos alternativas de cómo enfrentar una problemática, sin caer en ese miedo psicológico de la criminalización de la protesta. En la Amazonía al menos hay un fenómeno enorme que es que nadie quiere protestar, hay un miedo psicológico de que va a venir la fuerza pública y te desbaratará todo. Pues claro, nos están ganando la batalla psicológicamente.

Creo que es prudente usar las herramientas legales que tenemos, que existen. Un ejemplo es el caso Sarayacu: hace pocos días, en Costa Rica, la Corte Interamericana de Derechos Humanos escuchó a los afectados de Sarayacu, creemos que se está dando un gran paso hacia el respeto de los derechos humanos de los pueblos indígenas, del país y de toda América.

Insisto, los conflictos van a agudizarse, pero creo que el reto nuestro es buscar alternativas; para mí, las herramientas legales son las principales herramientas que debemos utilizar de ahora en adelante.

Preguntas y respuestas

Quiero comentarles un poco de lo que Humberto respondió en un inicio. Hace tres años atrás un compañero anciano Secoya dijo en una reunión: lo que más me entristece es que nos han robado la libertad, antes nosotros, nuestros hijos podían correr por el bosque, cazar en el bosque, andar en los ríos, hoy tenemos ríos, tenemos un poquito de bosque y ya no somos libres. El Estado y las empresas nos han robado la libertad, ya no somos un pueblo libre.

Es un poco el concepto de cómo se entienden las cosas muchas veces. Para unos ¿qué es la libertad y para otros también que es la libertad? Frente a la pregunta ¿qué es lo que quieren los pueblos? Yo creo que dos cosas principales, primero, conocernos: conozcámonos como somos y, segundo, respetémonos como somos. O sea que son dos cosas fundamentales para mí. Al menos en la Amazonía, y comparto con lo

que decía Humberto, es eso lo que buscan los pueblos. Si no nos conocemos sencillamente terminamos creyendo que nuestra filosofía, que nuestra forma de ser, que nuestra economía de mercado, que nuestra forma de pensar es la única válida, y que los otros son inferiores o son mucho menos que nosotros, reconozcámonos cada vez como somos y reconozcámonos en las capacidades, habilidades, fortalezas, los conocimientos, la sabiduría que encierra cada pueblo en la Amazonía, en todo el país y en toda América, por supuesto. Es un paso importantísimo que tenemos que dar, reconociéndonos como somos y obviamente respetarnos.

La otra pregunta, me parece que era de Diego, sobre la extracción, si hay otras alternativas o no, y, realmente, hay muchísimas alternativas de generación energética mucho más amigables con el ambiente. No quiero entrar en ese debate en cuanto cuál es más saludable y cuál no, pero aquí hay un elemento que hay que considerar: primero, la extracción de los recursos: cómo se lo hace es lo más perverso y criminal que pueda existir. En muchos momentos, yo he dicho, si hoy decimos rotundamente todos no al petróleo, este aparato se me queda apagado, estas luces se apagan por completo, ninguno de ustedes hubiesen podido llegar acá a Ecuador. El problema en este momento no es tanto si queremos o no el petróleo. El problema es que por la ambición económica de muchos no se han desarrollado otras alternativas energéticas mucho más amigables con el ambiente.

Segundo, la forma cómo se extraen los recursos es una forma inadecuada, perversa y criminal. Si las empresas actuaran con mayor responsabilidad, con mayor respeto al ecosistema, a la cultura de los pueblos, a la vida nuestra, la cosa fuera un poco distinta. Si los Estados tuviesen la capacidad de controlar adecuadamente la forma de cómo hacer las cosas, también fuera distinto. Resulta que al menos en Ecuador y en muchos casos en América Latina, en toda América, es la misma historia, el mismo patrón de conducta, las empresas son las que terminan imponiendo, en la mayor parte de la historia, las normas, las reglas de juego al controlador de la hidrocarburífera o extractiva. Las empresas controlan el mercado, controlan la política, controlan la justicia, controlan la economía, controlan el país. Ese tipo de cosas no puede ser po-

sible. Creo yo que se requiere implementar al menos cuatro elementos: Revisar y mejorar la actitud nuestra, orientar la educación ciudadana hacia el respecto, hacer el cambio en la actitud de Estado en su capacidad de control, y obviamente también hacer que las empresas asuman su responsabilidad.

También veamos el consumo: es obvio que nosotros consumimos mucho menos que la población norteamericana y muchos europeos, pero también el consumo nuestro es un problema, ¿qué estamos consumiendo nosotros?, ¿qué productos estamos comprando constantemente? Veamos cómo las empresas transnacionales son las que dominan el planeta y si esas empresas producen respetando la vida o no? Ya nos ha hablado Humberto, por ejemplo, de las cumbres: siempre los fracasos en las cumbres ¿por qué son? No es tanto porque haya o no recursos, es por el lobby que hacen las empresas con sus gobiernos para evitar que asuman compromisos que les obliguen a reducir emisiones y pensemos ¿por qué hoy el capital norteamericano y europeo viaja todo a China? y ¿por qué China es hoy la gran fábrica universal?; por incentivos económicos laborales y ambientales por supuesto. Entonces las empresas dominan el mercado mundial y dominan los gobiernos.

¿Cómo enfrentamos esta problemática? Es un problema colectivo nuestro que debemos enfrentarlo conjuntamente. Tenemos que exigir que se desarrollen alternativas energéticas mucho más respetuosas con el ambiente. Obligar a los Estados en su capacidad de control. Nosotros debemos hacer autoconciencia de la calidad de las cosas que consumimos. Es una tarea compartida de todos y de todas; de quienes vivimos en el sur y de los que viven en el norte, en el centro, este y oeste. También preguntaba, al final, Álvaro: ¿qué podemos hacer?, ¿qué hacemos para apoyar en el caso Texaco? Esta es una pregunta que siempre surge, a la que he respondido, que no tenemos una receta de qué hacer exactamente, pero tenemos muchas cosas que hacer; yo creo que es trascendental que cada persona haga lo que sabe hacer. Por ejemplo, si ustedes estudian Antropología, como lo dije antes y lo repito ahora, hay una enorme deuda antropológica en América Latina, en la Amazonía ecuatoriana: debemos investigar profundamente los problemas que causa la activi-

dad extractiva en los pueblos indígenas, determinar cómo se altera la cultura y la forma de vida de cada pueblo y exigir que, si hay daños, esos no se reproduzcan nunca más. A veces tenemos el problema, que nosotros nos preparamos bien y luego vamos a servir al mismo sistema perverso y criminal que existe... Aquí nos preguntamos: ¿a quiénes sirven los científicos? ¿A quiénes sirven los abogados? ¿A quiénes sirven los médicos, los antropólogos? A veces únicamente se sirve a quien paga más, entramos a una cuestión de mercado también, entonces hay una deuda grande con nuestros pueblos, hay pueblos que se han extinguido en los últimos cuarenta años en la Amazonía ecuatoriana, y no hay responsables ni las causas claras de por qué ocurrió esa desaparición.

Entonces, hay muchas cosas que hacer. Si ustedes son antropólogos no hagan cosas extrañas, hagan lo que saben hacer y lo que hacen pónganlo al servicio de la humanidad.